

Urgente mensaje a cada chileno

EN medio de los acontecimientos vividos últimamente en Chile, ha resonado en la plaza de San Pedro la voz del Papa Juan Pablo II. El Pontífice le dedicó una parte relativamente extensa de su alocución pública de este miércoles, a la situación interna de nuestra Patria.

Y, por todo lo delicada e imprecendente que había resultado la actitud intervencionista de diversas cancillerías europeas y del Departamento de Estado norteamericano respecto del complejo episodio de la detención judicial de tres dirigentes políticos, las palabras del Papa brotaron —en cambio— oportunas y equilibradas, a la vez que interpeladoras y motivantes.

Mientras las aludidas intervenciones diplomáticas parecieron un intento de internacionalizar nuestros problemas, la autoridad espiritual y universal inherente al Pontificado romano no podría comportar peligro semejante.

Con todo, lo que estimo más fundamental es lo siguiente:

Las palabras de S. S. Juan Pablo II han tenido lugar en un momento en que asoman síntomas que podrían llegar a deslizarnos por la espiral de la violencia, que la inmensa mayoría del

país rechaza, fiel a su vocación jurídica, pacífica y tolerante.

En un cuadro político que arriesga teñirse con rasgos de polarización deseada sólo por algunos extremistas de signos opuestos, el Papa ha llamado a la concordia y a la búsqueda de instancias de diálogo y de soluciones pacíficas a nuestras dificultades.

ERA de esperar que tan alta exhortación se recogiese por cada persona y sector ciudadano como lo que ella es. Un llamado a todos los chilenos —sin excepciones— a que reflexionemos sobre nuestra propia actitud actual y la forma de corregirla o perfeccionarla para afianzar los caminos de la paz.

Pero he aquí que un prelado chileno afirma que "ahora corresponde a los gobernantes no se queden en palabras sino en hechos", convirtiendo

así al Gobierno en el único aparente responsable de la polarización que hoy vivimos, como si nada relevante incumbiera al respecto a la oposición o a otros sectores ciudadanos.

Un dirigente gremial cae en parecida unilateralidad al decir que "se hace entonces más necesario que nunca que el Gobierno no preste oídos sordos al clamor, no sólo de la ciudadanía nacional, sino de la comunidad mundial".

Y un dirigente político opositor pone el broche de oro en la materia, afirmando su anhelo de que las palabras papales "toquen las conciencias de la gente que actualmente detenta el poder, en el sentido de que Chile necesita el pronto retorno a la democracia y la libertad".

Las sabias palabras pontificias han evitado cualquier sesgo que pudiese implicar una toma de partido en



la pugna política chilena. Su contenido tiende a remecer cada conciencia, antes que sea tarde.

ES evidente que la exhortación papal debe hacer meditar a nuestros gobernantes. Pero también a sus opositores. Y a cada uno de nosotros, los chilenos, sin excepciones. Debe instarnos a todos a construir, con generosidad ecuánime y realista, el exigente cimiento del consenso básico en que se funda cualquier auténtica construcción social de paz.

Instrumentalizar soberbia, mezquina y parcializadamente las palabras del Papa para abonar las propias posturas políticas y lanzarlas acusatorias a la cara del adversario, indica no entender su sentido. Es pretender convertir un mensaje urgente de paz y concordia en otro dardo más de odios y divisiones.

"Instrumentalizar soberbia, mezquina o parcializadamente las palabras del Papa para abonar las propias posturas políticas, indica no entender su sentido"...
